



Fotocolor LEAL

UN ESPECTACULO MARAVILLOSO:

LA ILUMINACION DE EL ESCORIAL

Por vez primera se ornaron sus fachadas, con farolillos de colores, al consagrarse la basílica en 1595

La luz eléctrica se utilizó con igual fin hace ya tres cuartos de siglo



Acaso el más bello espectáculo de cuantos se han organizado con motivo del presente año jubilar del monasterio escorialense sea la magnífica iluminación exterior de las fachadas, torres y cúpula del colosal edificio. Impresiona contemplar, en la oscuridad de la noche, la armonía y euritmia de la gran mole herreriana, tersa y serena, cuya belleza arquitectónica es

exaltada por la blanca luminosidad circundante. Es posible que, visto ahora a esta luz, ni siquiera los más empedernidos detractores de la arquitectura escorialense dejasen de reconocer su prodigiosa grandeza.

Casi de la misma inauguración del histórico monasterio data la idea de subrayar o destacar con luces la traza, sencilla y excelsa, de la imponente edi-

ficación. La primera de las iluminaciones la dispuso Felipe II con motivo de la solemne consagración de la Iglesia, el 30 de agosto de 1595, por el nuncio Camilo Gaetano, cardenal patriarca de Alejandría, quien juntaba a sus virtudes y ciencia la prestancia personal de un gran señor del Renacimiento. "Deseando Felipe II —ha escrito un cronista —que la consa-

gración del templo fuese lo más suntuosa posible, y para que, por la magnificencia de la víspera se conociera la grandeza del acto que al día siguiente iba a tener lugar en aquella casa, mandó que el 29 por la noche se iluminara todo el edificio. Al efecto, se construyeron innumerables lamparitas de barro (otro cronista habla de 14.000 luces), y para resguardarlas del



aire se las cubrió con papel de colores, a manera de farolillos; con éstos se llenaron cornisas y ventanas, no quedando moldura ni resalto, por pequeño que fuera, que no estuviera llena de

luces; hasta las agujas y bolas del cimborrio. La perspectiva que al cerrar la noche presentó el monasterio fué en extremo pintoresca y agradable. De todos los pueblos comarcanos acudieron a disfrutar de aquel magnífico espectáculo, nunca visto en aquellos contornos.”

LA MAS VALIOSA GEMA

Cuatro años después de aquel acontecimiento nuevamente se dotó al monasterio del Escorial de una iluminación exterior. Fué con ocasión de la llegada de Felipe III y de su esposa, doña Margarita de Austria, a la cual, según se dijo entonces, no impresionó favorablemente, sino todo lo contrario; aquella teoría de innumerables candiles con llamitas temblorosas, que surgieron a la reina, más que una muestra de júbilo por su visita, algo así como un presagio funebre; quizás presintiera entonces doña Margarita, que ella misma habría de morir, años más tarde, en el propio monasterio del Escorial.

En el reinado siguiente, el de Felipe IV, hubo luminarias para recibir por vez primera en el famoso monasterio a la segunda esposa de dicho monarca, doña Mariana de Austria. Fué en octubre de 1649, y se adornó

la fachada principal del edificio con un total de 11.154 candiles, dispuestos, como en las ocasiones anteriores, en vasijas de barro cocido. Con los reyes llegaron al Escorial varios embajadores extranjeros acreditados ante la majestad del rey-poeta; uno de esos emisarios, el de la Sublime Puerta, quedó tan maravillado al contemplar la grandiosa construcción con iluminación tan fastuosa, que sugirió que al rey de España se le diese también el título de rey del Escorial, “porque en verdad es El Escorial la más valiosa gema de su corona”.

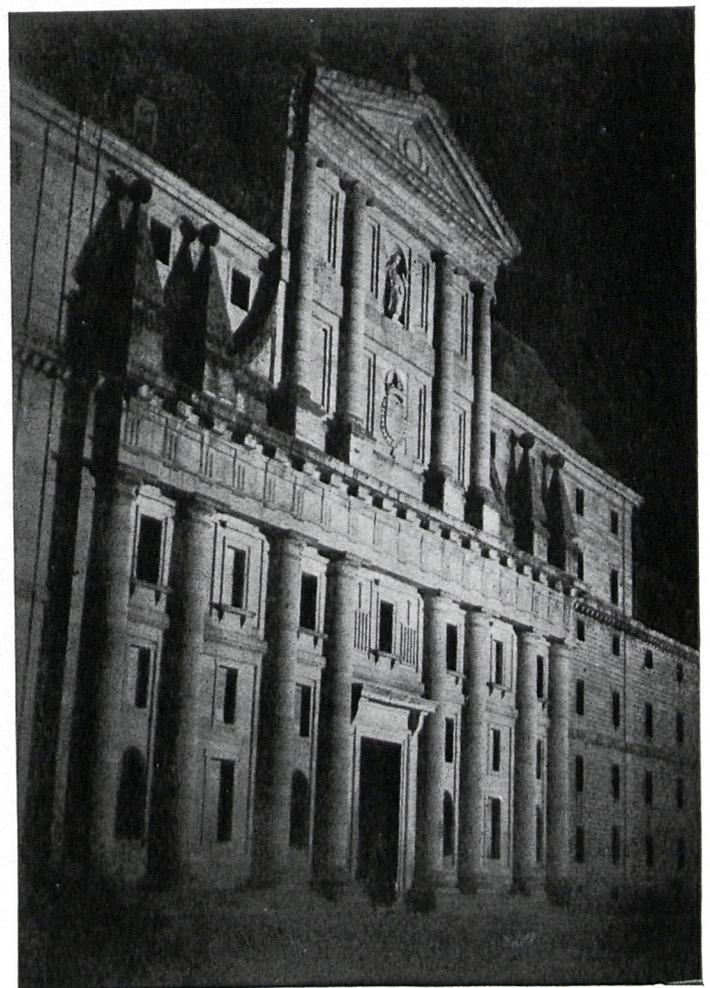
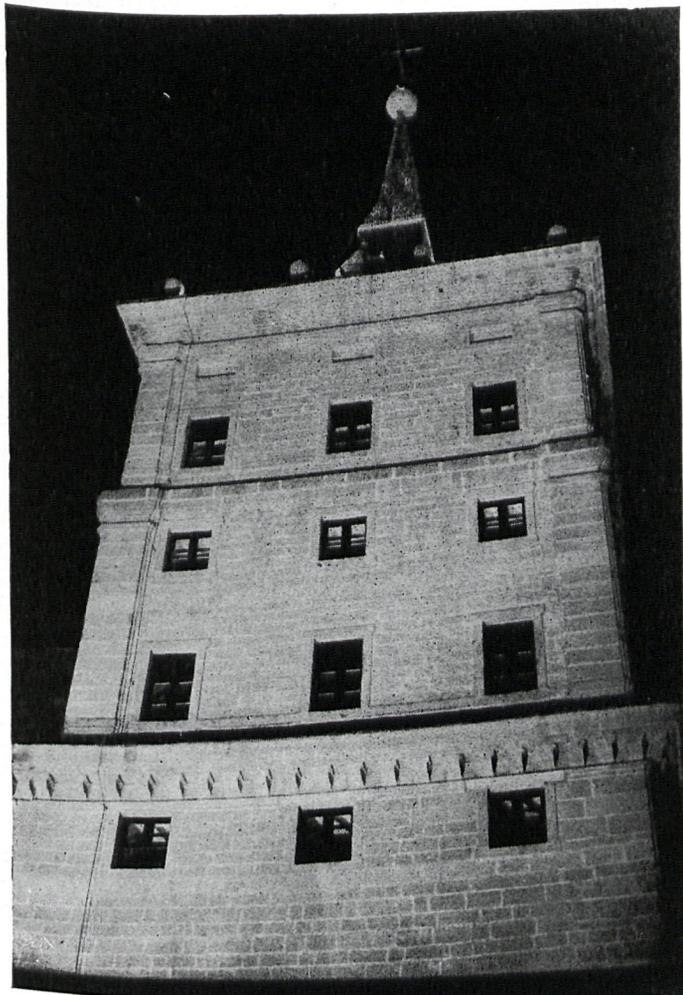
VISITAS DEL HECHIZADO

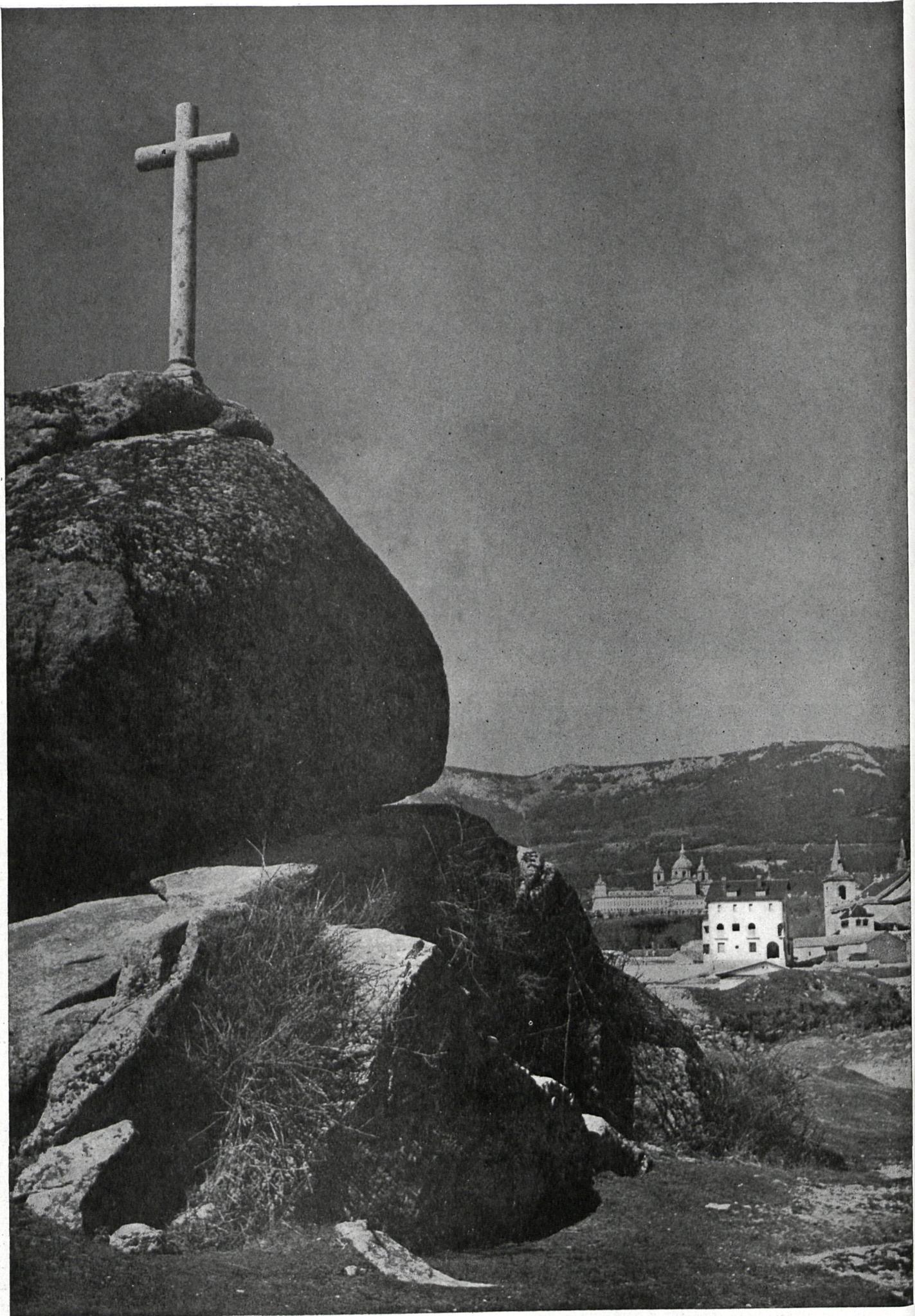
Volvieron a colocarse unas catorce mil lucecitas en el otoño de 1676 para recibir a Carlos II, que hacía su primera visita oficial al monasterio ya como rey efectivo, tras ser declarado mayor de edad. Y nuevamente hubo iluminación —esta vez, según los cronistas, con 36.000 cacharritos de barro provistos de aceite y mecha— al llegar a El Escorial Carlos II en octubre de 1690, con su segunda esposa, doña María Ana de Neuburg, para inaugurar el altar de la Sagrada Forma, profanada e incorrupta.

Durante la dinastía de los

Borbones —que sintieron más predilección por La Granja, Aranjuez, El Pardo e incluso por Riofrío que por El Escorial— ya apenas hubo iluminaciones externas del grandioso monasterio. Hubo una muy notable en 1887, pero no para festejar acontecimiento alguno de la real familia, sino con ocasión de cumplirse aquel año un centenario más de la conversión de San Agustín, glorioso padre de la orden religiosa que desde dos años antes cuidaba, por disposición de Alfonso XII, del repetido monasterio. En esta historia de las iluminaciones escorialenses, aquella de 1887 presentó la novedad de utilizar por vez primera la energía eléctrica. Se situaron grandes focos sobre el pavimento de la lonja, y aseguran quienes lo vieron que el espectáculo de la fachada principal, radiante con la luz proyectada por las lámparas de incandescencia, era de sobrecogedora grandeza. Sin embargo, si hoy se volviera a repetir aquella misma iluminación, en iguales condiciones a las de aquella ocasión, posiblemente nos haría sonreír por su pobreza de medios, comparada, sobre todo, con la que ahora realza la hermosura de la mole laurentina en estas noches precedentes a la fiesta de su santo titular.

P. M. R.





A
ha
ce
le
fu
pr
a
ta
y
rn
m
la
cu
q
n
v
la
er
o
p
p
el
q
y
ri
tr
te
ri
lo
m

EL ESCORIAL DE LA PEQUEÑA HISTORIA



tiempo. No ven esas lápidas que en algunos lugares escurialenses señalan el paso por allí de literatos de este tiempo. Es una casa chiquita de una calle silenciosa y en cuesta donde una lápida también pequeña como aquella recuerda que don Pedro Antonio de Alarcón escribió “El Escándalo” y que está allí frente a las frondas de La Herrería, a veces transformada en Hipódromo, casi con tantas elegancias como el de Longchamp como en su día el de la Castellana, la que recuerda sobre una blanca pared que da entrada a un chalet burgués que allí veranearon los Quinteros.

Serafín y Joaquín, muy de veraneantes de su época —todavía los escritores no llevaban mambo, todavía no se habían dejado en casa la corbata—, leyeron en las frondas de su casa comedias a doña Lola —se entiende que es la Membrives— o a Pepita y Santiago —se comprende que son los Díaz de Artigas—, teniendo como ilustrísimo oyente a don Jacinto, que ahora no lejos de este lugar en una plazoleta de Florida tiene un busto. Un busto el tan requetegoloso era a la puerta de una pastelería, busto aquí y sepultura a pocos kilómetros de este Escorial, que también le vio un día con los pantalones blancos y el jipijapa del veraneante clásico.

Arcos del comercio escurialense y un teatro muy “belle epoque” para Juegos Florales y comedias de aficionados muchos por el arte de Talía y los más para poder en una época en que todavía se estila la “carabina”, es decir, la dama venida a menos que acompaña a las señoritas ennoviadas, charlar con ésta que hace de comparsa en la comedia, sin que aquélla esté delante, sin la hermana mayor o la mamá ojo avizor de si se cogen o no de la manita.

Hay un Escorial de las excursiones en burro a Abantos, con tortilla de patatas y filetes empanados, que no tiene nada que ver con el Greco, que dicen si le gustó o no a Don Felipe. Y hay otro Escorial de chicos que en revistillas juegan a literatos. Ese viejo y perdido para las colecciones “Papel de Vasar”, donde van bien puede decirse a descubrirse dos escritores ahora con fama y con calle en la Villa. Si calle tiene Román Escotado.

Hay todo un Escorial de incunables y de telas ricas y Pompeios Leoni y tumbas reales e infantiles tumbas principescas, pero también hay este otro tierno Escorial de los idilios y los escritores que no debe de olvidarse en estas horas del recuerdo de sus glorias.

Juan SAMPELAYO

AL margen de El Escorial de Don Felipe II y también de El Escorial del que José Ortega y Gasset ha escrito bellas cosas queda otro que pone un íntimo cerco a los sepulcros y a la piedra, al Jardín de los Frailes. Es El Escorial de La Lonja, con el viejo que ya se fue para siempre, vendedor de cayadas. Allí, junto a unas puertas, una vez la que iba a la Casa de la Reina y otras que da acceso a la cuesta que sube a Florida, tenía su taller de artesanía —a la vista del público las hacía— y su tienda para venderlas, todo en una pieza.

En La Lonja hay concierto y hay concierto en Teatreros por los Carabineros, en cuya banda suena bien el metal y hay chavales que juegan a las bolas, vamos, a las canicas, y otros, en un rincón, si el guarda se descuida, al fútbol. La Lonja es más que nada de los chiquillos y de los mayores; la juventud que un día se llamó niños pera y otros nueva ola, pero que al fin y a la postre viene a ser igual, tenía por patrimonio Florida y ahora las piscinas. Poco a poco todo viene a ser igual, salvo que entonces Román llevaba a Dol del brazo y ahora Tono o Ricardo llevan a Cris o a Luisi cogidas por el cuello; pero a la postre lo que las dicen es igual y al fin y a la postre todo va a terminar lo mismo: en los Jerónimos; ella de blanco y de pingüino él; todo va a terminar con que los niñines se pongan hechos un asquito en el jardín, y ellos, en vez de venir cada sábado en el tren de los maridos, vengán cada mediodía en un seiscientos tras el trabajo mañanero en la ciudad.

La octava maravilla del mundo, es decir, el Monasterio de San Lorenzo del Escorial, la ven todos los turistas que llegan de aquél y que se cuentan por millares; lo que no ven, El Escorial es flor de horas para el turismo, es que por allí anduvieron varios ingenios de este